

René Alvarado

El Poder de Dios

Ministerio de Evangelización Pan de Vida

Si tomas algún texto de este pequeño libro, te pedimos incluyas APA
Colabora con nuestro ministerio.

Para más información comunícate con René al:
E-Mail: <mailto:renealvarado@elpoderdedios.org>
elpoderdedios.org

Publicaciones Ministerio de evangelización Pan de Vida Inc. ©1999-2022
Derechos al autor. Copyright ©1999

Introducción

¡El Poder de Dios! ¿Suenan bien verdad? Claro. ¿Pero hemos nosotros alguna vez, experimentado ese poder en nuestras vidas? Quizá alguna vez hemos preguntado: ¿Qué significa ese poder de Dios? Posiblemente ésta sea una pregunta fácil de responder para algunas personas, inclusive por su misma experiencia, podrán decir que Dios mismo es ese poder.

Hay por otro lado, algunas personas que, aun con mucho tiempo en los caminos del Señor, nunca han experimentado ese poder de Dios en sus vidas; posiblemente hayan “sentido” su amor, pero a pesar de ello no han llegado a experimentar la presencia de Dios en una forma más íntima, es decir en lo más profundo de su corazón y, claro, esto no es porque no se desee llegar a esa profundidad, sino que las tantas circunstancias que nos rodean no nos permiten tener ese acercamiento directo con el Padre.

Uno de los problemas más comunes que encontramos para disfrutarlo, es que nos dejamos llevar por nuestras necesidades materiales de tal manera que en cierta forma nos olvidamos de quienes somos. Bueno y ¿quiénes somos? Pues somos la imagen y semejanza de Dios (Gen. 1:26). Y tan metidos estamos en lo que nos rodea que envés de ir en búsqueda de Dios, buscamos la presencia de hombres a quienes tratamos de imitar en todo lo que ellos hacen, olvidándonos que a quien debemos de seguir es al Padre, que, en su infinita misericordia, se ha derramado en todo su amor a través de su Hijo Jesús. Pero, para nosotros, los cantantes, el deportista famoso, el dinero, los lujos, las mujeres, el alcohol, las drogas y la pornografía, nos induce a alejarnos de aquel que todo lo puede y que tiene poder para transformar nuestras vidas rotundamente. Además, me atrevería a decir que inclusive nuestra propia familia se convierte en ese dios al que le servimos de día y de noche, tratando de darle lo mejor materialmente, sin tomar en cuenta que lo más importante es darle atención espiritual, dejando que Cristo reine en ese hogar.

Cómo podríamos hablar en términos humanos para comprender que vivir sin Jesús en nuestras vidas, es simplemente vivir por vivir, y que morir sin él, es morir sin sentido, pero al vivir por Jesús, descubrir que vivimos para Jesús y morimos para Jesús, “pues tanto en la vida como en la muerte le pertenecemos a Jesús” (Rom. 14:8).

En una ocasión escuchaba el comentario de una joven que vino a tomar unas pláticas para la celebración de sus quince años. La charla iba bien, hasta el momento en que se hizo la siguiente pregunta: ¿Qué es lo más importante para ti en estos momentos? “Lo más importante para mí” respondió la joven, “es que pudiera yo tener un hijo”. La respuesta dejó perplejos a los que estaban ahí reunidos y, después de una pausa se le hizo una nueva pregunta: “¿Y por qué es importante para ti eso? A lo que la joven respondió sin ningún titubeo: “¿No te das cuenta de lo que sucede en las calles? ¡Cómo es que los mismos jóvenes se están matando entre ellos mismos y, si saliendo yo de este lugar, me dan un balazo y me mueren, no quiero morir sin antes haber experimentado lo que es tener un hijo!”

Es que tenemos nuestra mente tan cerrada a la presencia del Padre que no podemos ver más allá de nuestras propias narices y, si no vemos más que eso, ¿cómo entonces pretendemos experimentar el poder de Dios en nuestras vidas? ¿Cuál hubiese sido la respuesta que nosotros le daríamos a la misma pregunta?

Meditemos por un momento y respondamos en nuestro corazón, no con una respuesta lógica, sino con una respuesta que llegue a lo más profundo de nuestro ser.

Hay que darnos cuenta de que, aunque estemos ante la presencia del Padre, nosotros mismos lo vamos alejando de lo más íntimo de nuestros corazones y, en su lugar le hemos puesto lo que más nos interesa, es decir todas aquellas cosas materiales que apartan nuestras vidas y las de nuestras familias de la fuerza del poder de Dios y en su lugar le hemos puesto las fuerzas de las personas y de las cosas que nos rodean.

No pretendamos ser felices cuando no lo somos. No tratemos de buscar un camino que no es el correcto. Porque podemos caminar y caminar y si no buscamos el camino verdadero, seremos como aquel que, sin compás para indicarle el camino, se pierde en el bosque, dando vueltas al mismo lugar por una, dos tres o cien veces.

Su misma Palabra nos dice que: “Jesús es el camino, la verdad y la vida” y que “nadie viene al Padre sino por él” (Jn. 14:6). Nunca se podrá encontrar una mejor senda para alcanzar a experimentar el amor verdadero del Padre en nuestros corazones y, no solamente su amor como algo que nos merecemos de por sí, sino que su poder realizado en nosotros mismos; Y por más que luchemos buscando otras rutas, nunca podremos llegar al momento en el que el Padre que nos ama con amor eterno, nos reciba en sus brazos. Porque quizá podremos “sentirlo” de alguna manera superficial, pero nunca lo podremos experimentar a plenitud en nuestras vidas.

Por otra parte, debemos estar al tanto que, éste camino es duro, pero a la vez hermoso; pues bien sabemos que, a pesar de lo que estemos sufriendo en estos momentos, Dios nos dará las fuerzas necesarias para poder sobrellevar lo que estemos atravesando, porque es precisamente en medio del dolor y sufrimiento, en el que podremos encontrarnos con el verdadero camino del amor del Padre en nuestras vidas; es decir, el poder profundo de su ser inundando y sosteniéndonos en medio de lo que a travesemos en la vida.

Sepámoslo bien y gravémoslo en nuestro interior “Tanto amo Dios al mundo que nos ha dado a su único Hijo, para que todo el que en él crea no se pierda sino tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Su poder es inmenso y su gloria eterna, y si al leer estas páginas, le abrimos nuestro corazón, descubriremos su bendita presencia y su Luz resplandeciente en nuestra vida y, ello nos llevará a proclamar con nuestra boca que Jesús es el Señor (Rom. 10:9-13). Y claro todo esto será posible cuando lo busquemos en “Espíritu y verdad” (Jn. 4:23). Y si todavía

así se nos hace difícil contemplarlo, “contemplémoslo por lo menos por sus obras, puesto que él hizo todo el mundo, y por ellas entendemos que él es eterno y poderoso y que en una palabra él es Dios” (Rom. 1:20).

Dispongamos nuestro espíritu a creer con todas nuestras fuerzas que Dios tiene poder para transformarnos, pero que, si nosotros no le abrimos nuestro interior, su poder nunca podrá manifestarse en nuestros corazones.

Cerremos los ojos por un momento y ante la presencia del Señor pidámosle que nuestras mentes y corazones, estén dispuestos a recibir su sabiduría y sabiendo que en su Espíritu podremos encontrar entendimiento a través de lo que él quiera decirnos a lo más íntimo de nuestro ser y, sobre todo, estar dispuestos a dejar que él se glorifique en todo su amor, en cada una de nuestras vidas y las vidas de los que nos rodean.

Vivir en el mundo sin conocer a Jesús

Cierto día mientras oraba, reflexionaba sobre como vine a la presencia del Señor recordé tantas cosas que me han sucedido; Algunas buenas y otras no tan buenas. Mi vida fue siempre movida por las circunstancias que me rodeaban, las cuales siempre cegaron mi vista interior, aunque el Señor me llamaba a su presencia de muchas maneras, como posiblemente esté llamando a algunos de nosotros en estos momentos.

Recordaba como durante mi niñez, no pude experimentar el amor familiar al que todo niño tiene derecho y, mucho menos de sentir la presencia de unos padres cristianos, con quienes poder expresar mis sentimientos sin temor a recriminaciones o regaños que no tenían nada que ver con lo que les había consultado desde el principio.

Siempre me aferré desde niño al encierro y no quería nada más que vivir en mi soledad. Lloraba lágrimas de desconsuelo pues pensaba que no había nadie quien pudiera tenderme la mano en los momentos en los que deseaba desahogarme. (Quizá alguien entre los que leen está atravesando lo mismo en este momento)

Mi madre creció en un hogar protestante y mi padre en uno católico. Pero cuando se unieron en matrimonio, su vida espiritual no existió más y todo lo que mi madre pudo haber aprendido como protestante, lo olvidó al aceptar a mi padre como su esposo. Esto afecto en gran manera el comportamiento que ambos tuvieron en los años venideros. Cada uno de ellos tomo su vida matrimonial como mejor le pareció, pensando que de esa forma iban a formar una buena vida conyugal.

Vinieron los hijos y quizá con cada uno de ellos mis padres pensaron en cambiar sus vidas para mejorar el hogar y, lo hicieron por un tiempo, pero luego se volvió a la misma rutina: Mi padre al alcohol y mi madre a la preocupación de mantener el hogar en lo que mejor le fuere posible y siempre, y a pesar de todo, amando a mi padre y soportándolo con lágrimas en sus ojos y en su corazón, pensando que un día mi padre cambiaría.

Y pasó el tiempo. Un día inesperado mi padre tomó la decisión de dejar el alcohol, pues reconoció que estaba enfermo. Esa determinación la hizo sin tomar en cuenta la presencia de Jesús en su vida, sin aceptarlo como su Señor y Salvador; lo que lo movió fue su propia fuerza de voluntad y su deseo latente de dejar la bebida. Y aunque lo hizo sin tomar en cuenta la presencia de Dios, le doy gracias al Creador pues hasta el día de su muerte, nunca volvió a beber.

A pesar de que mi padre estaba atravesando un gran cambio en su vida, podemos reconocer que la presencia de Dios no la experimentábamos en medio del hogar, porque, aunque dejó el alcohol, nunca nos habló de que existía un Dios todo poderoso, ni de su amor eterno y de la grandeza de su poder. Por esa razón, en el momento en el que mi padre dejó la bebida, mi madre la empezó; y según ella lo hizo por venganza, pues decía que lo hacía para hacerle sentir a mi padre todo lo que él la hizo sufrir, por todos esos momentos

en que a él le interesaba más el alcohol que su familia. Y después de muchos años, mi madre perdió el control completo del hogar. Aquello que sostenía de alguna manera ese hogar, iba cuesta abajo con cada día que pasaba.

Esto afectó a los hijos, que a una muy corta edad, tomaron decisiones que les perturbaría el resto de sus vidas; el menor se convirtió en drogadicto y alcohólico, y a otras actividades erróneas que lo llevaron a la muerte. El segundo se dedicó al estudio, sí, pero también al alcohol y por último yo me dediqué a la soledad y al sufrimiento interior por no saber que en verdad estaba a mi lado aquel que es el consolador de las almas afligidas y que, si tan sólo hubiese escuchado su Palabra en mi interior, mi vida se hubiera transformado completamente y en medio del dolor y el sufrimiento encontrar la paz que mi espíritu anhelaba.

Hubo un momento en mi vida de adolescente, en el que llegué a decir que Dios no existía por todo lo que estaba atravesando; porque sin temor a equivocarme puedo decir que vivir en el hogar en el que yo viví era realmente estar en el mismo infierno. Me imagino al Diablo burlándose en nuestras propias caras de todo lo que hacíamos apartándonos del amor de Dios. Y la verdad, nunca hicimos nada por solucionar nuestros problemas, pues nunca buscamos ni ayuda psicológica ni espiritual.

Pienso en esos momentos de angustia en los que los padres hacen atravesar a sus hijos, sin tener el menor remordimiento en sus corazones y siempre buscando satisfacer sus propios instintos carnales, dejándose llevar por el mundo sin tener en cuenta la presencia de Jesús en sus vidas.

¿Cuántos jóvenes no se han quitado la vida a tan tierna edad? Leamos el periódico y nos daremos cuenta del porcentaje tan grande que tenemos de jóvenes apagando sus vidas y, los padres preguntándose: “¿Por qué lo hizo, si le dábamos todo cuanto quería?” Pero lo que ese joven deseaba, no era tanto el alimento material o el mejor vestido, el mejor juguete o quizá el tener una buena cuenta bancaria; al contrario, lo que ellos siempre buscaron fue la presencia de los padres viniendo a ellos y escuchar de sus labios un “te amo hijo”, un “te quiero hija”. Pero estamos tan alejados del Padre celestial que nuestros ojos se ciegan tanto que no nos permiten ver la verdadera necesidad de nuestros hijos o la de nuestro cónyuge, que es la de vivir en la paz del Señor, compartiendo y conviviendo en un ambiente realmente cristiano.

Un día mientras leía el periódico, me enteré de una noticia que me estrujó el corazón. El encabezado decía: “Se prohíbe terminantemente que se mencione la palabra Jesús en las escuelas”. Al seguir la historia, me enteré de que algunos padres de familia se sentían perturbados al saber que sus hijos tenían algún tipo de relación con aquellos que, en el tiempo de recreo, leían la Biblia. Al final de la lectura, descubrí que esos padres de familia eran ateos.

¿Hasta dónde está cerrada nuestra mente?; ¿Hasta dónde llegará la ceguera del hombre?; ¿Será acaso que nuestro sentimiento es puramente carnal y no espiritual?

La realidad es que nos dejamos llevar por las cosas del mundo y eso mismo nos aparta de la presencia del Padre. ¿Cuántos de nosotros no hemos llorado buscando consuelo por ese problema o situación difícil en nuestras vidas? Y al respondernos, encontramos que la respuesta es siempre la misma, es decir que nos dejamos llevar por lo que el mundo nos indique. Veamos por ejemplo la forma como tratamos el asunto del aborto; cómo la sociedad nos dice que ésta bien, que no hay que preocuparnos, que solamente es un paso que debemos de dar para dar solución a ese “problema” no deseado. Pensemos por un momento que ese ser que se lleva en las entrañas es una criatura de Dios y que sea como se haya engendrado, no significa que debemos quitarle la vida. Pero es que estamos tan ciegos por el mundo, por la sociedad en la que vivimos y por qué no decirlo, por nuestras propias familias, que por la posición social o por el simple hecho del que dirán los demás, envés de ayudar a buscar una solución en el Señor, nos inducen a buscar una solución errónea.

Lo mismo sucede con los que están en contra del aborto. Hay quienes que, por su ceguera espiritual, llegan a cometer crimen en contra de los médicos que se dedican a ello (al aborto). Piensan que, con quitarle la vida al doctor, ya solucionaron el problema del embarazo no deseado.

De esa manera actúa el Diablo en nuestras vidas, haciéndonos sentir bien por el mal que hacemos. El Diablo se agarra de nuestras debilidades para hacernos caer. Él se vale de todo lo que esté al alcance para engañarnos y acabar con nosotros y con toda nuestra familia y, lo seguirá haciendo mientras no busquemos la ayuda de Cristo Jesús en nuestras vidas. Mientras le sigamos escuchando al Diablo, él seguirá burlándose de nosotros y de nuestra familia.

¿Hasta cuándo estará el Diablo en control de nuestras vidas? Porque, aunque se diga “yo soy feliz”, “yo trato bien a mi familia”, “no me falta nada”, no existirá paz en nuestro interior sino vive en nosotros la presencia de Jesús y, si no lo tenemos en lo más íntimo de nuestros corazones, entonces seremos como dice San Pablo en su primera carta a los Corintios 13:1: “... y si me faltara el amor, no soy más que bronce en campana que toca”. Y por muy bonito que se escuche una campana, nunca dejará de ser campana.

Quizá alguien se haya cuestionado lo que yo me cuestioné un día: “¿Existe Dios?” Y si la respuesta que nos dimos es negativa, por las circunstancias que nos rodean o porque no lo sentimos junto a nosotros o, simplemente porque nadie nos habló de él. La verdad es que Dios si existe y solamente está en espera que le abramos el corazón y lo aceptemos en lo íntimo de nuestro ser para que él, en una forma muy especial, venga a morar en nosotros. Hay que recordar lo que nos dice la Escritura en el libro del Apocalipsis capítulo 3 y verso 20 “ Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien escucha mi voz y me abre, entraré a su casa a comer, yo con él y él conmigo”

No importa el momento o la situación que estamos atravesando, Dios es justo y verdadero y sobre todo nos ama con amor eterno y, no sólo eso, sino que nos ama a cada uno de nosotros en especial por lo que somos y no por quienes somos dentro de la sociedad o por lo que poseemos materialmente.

Puede ser que haya alguien entre nosotros que no nos deje experimentar la presencia del Padre. Posiblemente sea por el mundo tan cerrado espiritualmente en el que vivimos, que no nos permita ver con claridad a Dios en nuestras vidas.

La Biblia nos dice que: "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su único Hijo, para que todo el que en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Jn. 3:16). Así es nuestro Dios, se ha dado así mismo a cada uno de nosotros, pero le hemos rechazado, porque no lo conocemos a plenitud.

Recordemos que la bendición de Dios está ahí cuando más lo necesitemos, pero debemos de tener una apertura total al Señor, abriendo nuestros ojos espirituales a su presencia y cerrándolos a lo que el mundo pueda ofrecer.

Cuantas familias se destruyen por no abrir sus ojos al Padre. Veamos los matrimonios que se quebrantan por causa de seguir fielmente a lo que el mundo les dice. ¿Cuántos borrachos? (padres y madres por igual); ¿Cuántos jóvenes drogadictos que piensan que nadie los entiende? Pero nos hemos preguntado verdaderamente del por qué esas familias se quebrantan de tal manera. La respuesta la tenemos en nuestro corazón, y es que en esos hogares hace falta la presencia de Dios guiando sus vidas. Es por eso por lo que cuando nos encontramos con este tipo de problemas, nuestro escape es el de hacer culpable al cónyuge o a la madre o a los hijos, sin ponernos a pensar que realmente el problema no son ellos, sino nosotros mismos al no querer reconocer a Jesús morando en medio de nuestro hogar.

Dios quiere venir a alojarse en nuestras vidas, en una forma sin igual. Pero nosotros siempre hemos estado con miedo a lo que la sociedad nos dirá cuando descubra que hemos buscado la ayuda del Padre en Jesús nuestro Señor y preferimos mil veces, que nos vean saliendo del consultorio de un brujo o de un centro psíquico, a que nos vean saliendo de una Iglesia.

Es necesario pues, que confrontemos nuestros problemas familiares, confiados en que Jesús estará ahí presente; porque alejados de él estaremos dando golpes contra la pared solamente y en vez de solucionar nuestra situación, la empeoramos.

Tenemos que dejar a un lado lo que la sociedad de consumo nos muestre lo que debemos de hacer. Dejemos de interesarnos en como progresar materialmente, de cómo ser mejores en medio de la sociedad. No seamos tan cerrados al buscar siempre ser mejor que los demás. Que, si nuestro compadre compró una casa de tres habitaciones, nosotros buscaremos una con cuatro. No nos dejemos manipular como títeres, al antojo de lo que el Diablo en el mundo nos pida.

Es cierto que la vida está llena de sacrificios para poder sostener un hogar, pero si dedicamos nuestras vidas al bienestar material de la familia y nos esforzamos en trabajar de día y de noche, pidiéndole a Dios que la semana tuviera ocho días para ganar más. ¿Y nuestra familia? ¿Dónde se queda esa familia por la que tanto nos sacrificamos? Miremos a nuestro alrededor por un momento. ¿Están nuestros hijos en el hogar? Y si la respuesta es ¡no! ¿Qué están haciendo y con quién estarán ahora mismo? ¡Ah! Pero nosotros estamos dando nuestras vidas por el bienestar material de nuestras familias. Estamos dejando nuestra juventud y madurez por darle lo mejor a nuestros hijos. ¿Dónde está nuestra familia? O mejor dicho ¿Quién es nuestra familia?

Hagamos esta pregunta a nuestro corazón: ¿Estamos haciendo el sacrificio para dar mejor vida a nuestra familia o estamos sacrificando nuestras vidas para destruir nuestro hogar?

Yo trabajé por un buen tiempo los siete días a la semana y al ver que me iba bien, tomé otro trabajo de noche. Siempre tuvimos lo suficiente para llevar una vida desahogada y nos pudimos dar los gustos que siempre quisimos y, compartía con mi esposa sobre lo importante que era que tuviéramos siempre lo material. Y no fue sino hasta el momento en el que vine a Jesús, en el que me di cuenta de que lo más importante no es cuanto podamos tener materialmente, porque podemos tener suficiente dinero, pero por más que tengamos, eso nunca nos dará la felicidad, que, así como podremos comprar lo que queramos, con el mismo dinero, nunca podremos comprar la paz que Cristo Jesús da gratuitamente a nuestros corazones. Y si no existe paz en nuestro interior, menos existirá en nuestras familias. Hoy prefiero mil veces tener un plato de frijoles o una tortilla con sal en la mesa, y no saber que uno de mis hijos anda en drogas o pandillas, por causa de no dedicarles el tiempo que ellos necesitaron de mí.

El mundo me tenía cegado a través de la sociedad de consumo y no sólo cegado, sino que encadenado a los caprichos del mundo. Vivía quizá como alguno de los que leen en este momento: ***Viviendo en el mundo sin conocer a Jesús.***

Toda esa ceguera a causa de seguir la cadena que mis padres me dejaron como herencia. No puedo decir que nos faltó vestido o techo, o que nos faltó escuela o alimento, pero también puedo decir que nunca nos dieron a mis hermanos y a mí la atención que necesitábamos; Qué nunca pudimos contar con el consejo de un padre, ni la sabiduría de una madre. Y todo porque estaban cegados por el mundo, dejándose envolver por lo que la sociedad les indicaba.

Y qué podemos decir nosotros, los que leemos, de la clase de vida que estamos viviendo: ¿Qué tan encadenados nos encontramos en este momento? Mientras le sigamos cerrando la puerta de nuestro corazón a la grandeza de Dios, nunca podremos decir que vivimos en libertad, siempre seremos esclavos del mundo y de la sociedad que nos rodea.

Hasta donde estaremos cegados, que, en lugar de buscar al Padre, buscamos siempre otros medios que nos “ayuden” a comprender lo que nos sucede. Cuando vemos televisión por ejemplo, se nos llena la mente con tanto astrólogo (astrólogo como yo les llamo), adivinos, etc. quienes nos invitan a que les llamemos para decirnos nuestro futuro o nuestro pasado y, lo peor de todo es que, para engañarnos mejor, nos dicen que son ángeles enviados por Dios para nuestro bienestar (que absurdo). Pero si nos damos cuenta, veremos que entre más les llamamos, mejor será, no para nosotros, sino para ellos, que se beneficiarán económicamente a costa de nuestra ignorancia.

“Tú que duermes, despiértate, levántate de entre los muertos, y la luz de Cristo brillará sobre ti” (Efe. 5:14).

Este es el día que el Señor ha hecho para cada uno de nosotros. Para que recapacitemos y volvamos al lugar de donde un día salimos. Para que regresemos al Creador, con un corazón abierto y dispuesto a escuchar su Palabra, pues no hay Dios más grande que nuestro Padre celestial. Él quiere derramarse en todos nosotros, porque su amor es eterno y su presencia omnipotente.

No permitamos que el mundo y la sociedad nos aplasten. Más bien dejemos que Jesús nos levante de donde nos encontramos tirados y dejemos que él nos tome, limpie nuestras heridas y sobre sus hombros nos lleve de regreso al lugar de donde un día salimos.

Oración

¡Dios mío! Ayúdame a comprender lo que mi corazón está experimentando en estos momentos. Ayúdame a saber escuchar tu Palabra en lo más profundo de mí ser y de esa manera poder yo transformar mi vida. Te lo ruego en el nombre de Jesús. ¡Amén!

Conociendo a Jesús

En el tema anterior hablamos sobre como nuestras vidas están tan alejadas del Señor, que siempre nos dejamos guiar por la sociedad de consumo y que vivimos en el mundo sin conocer a Jesús.

En el Evangelio de San Mateo capítulo 16 y versos 13ss leemos sobre la pregunta de Jesús: “¿Quién dice la gente que soy yo?” Que triste es darnos cuenta de que muchos de nosotros no podemos responder quién es Jesús y ni siquiera podemos responder lo que hemos oído hablar a los demás de él.

Podemos tomar a cualquiera que haya estado en la misa del domingo y le podemos preguntar sobre lo que el padre habló durante su homilía y la respuesta más segura será: “Yo no sé usted. Yo lo único que sé, es que habló muy bonito”. Por eso Jesús decía que su pueblo le alababa con los labios, pero su corazón estaba tan alejado de él (Mt 15:8-9).

Y luego la pregunta es dirigida a cada uno de nosotros: “¿Quién dices tú que soy yo?”. Pedro respondió diciéndole: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Vivo”. Sí, Jesús es ese Dios bajado del cielo, que puede venir a tomar control de nuestras vidas, aunque el mundo y la sociedad en la que vivimos no nos quiera dejar reconocerlo como tal.

Cierto día en un lugar de trabajo, uno de los empleados llamado Juan, platicaba con sus compañeros y les compartía su experiencia en el retiro que había vivido. Juan les hablaba de como él conoció la presencia de Jesús y les invitaba a que ellos también lo conocieran. En medio de la plática, uno de sus compañeros fastidiado por tanto escucharlo, le interrumpió diciéndole: “Bueno, si es que conoces tanto a Jesús, me puedes decir ¿en dónde nació?” Después de un momento de silencio, Juan le responde negativamente. Su compañero le vuelve a preguntar: Por lo menos sabes quién es su abuela ¿no es cierto? Nuevamente Juan responde: “¡No, no lo sé!” “¡Entonces!” Replica el compañero. “¡Cómo me vienes a decir que conozca a Jesús cuando ni tú mismo lo conoces!” “Mira”, le responde Juan con mucha seguridad en sus palabras. “Quizá no sé el lugar en el que nació Jesús y ni siquiera sé quién es su abuela; lo único que sé es que antes de conocerlo, yo era borracho y trataba mal a mis hijos y a mi esposa, pero ahora que sé de Jesús, mi vida ha sido transformada”.

Está es la forma en la que Jesús puede transformar nuestras vidas y las vidas de los que nos rodean. No es necesario que sepamos la descendencia de Jesús, o el lugar en donde nació, sino que lo más importante es dejar que nuestro interior lo conozca, no materialmente, sino espiritualmente.

Jesús nos invita constantemente a que nos acerquemos a conocerle, inclusive puede ser que ya lo ha hecho desde que éramos niños y nunca nos hemos dado cuenta de ello. Recuerdo que, desde pequeño, siempre experimenté un gran deseo de acercarme a Dios; pero nunca tuve a ese alguien que me guiara y, quizá por ello se me hizo difícil comprender

ese deseo latente en mi corazón. Y es que, si nos damos cuenta, él siempre nos ha llamado desde antes que nacióramos (Is. 49:1). Pero con el correr del tiempo y por las condiciones en que siempre vivimos, no nos ha sido posible reconocer ese llamado del Padre.

Los maestros de la ley, los fariseos y los sacerdotes del tiempo de Jesús, le pedían constantemente que les diera una señal que era él, verdaderamente el Mesías esperado. El Evangelio de San Marcos 8:11-21 nos dice que: “Jesús suspiró profundamente” y, que lleno de tristeza, se fue a otro lugar, en el cual los que escucharán su llamado, se convirtieran por quien él es, y no por sus milagros.

Posiblemente Jesús esté hablando a lo más profundo de nuestros corazones en este momento, pidiendo que le abramos, pues él quiere sanar nuestro interior. Él quiere que le abramos para que, en su presencia, conozcamos al Padre, quien nos da vida y no una vida material, sino vida espiritual abundante y sobre todo eterna.

La presencia del Padre en su Hijo Jesús es tan real, que quizá podremos decir que somos indignos de dejarle venir a nosotros y sobre todo de conocerle. Puede ser, que sí seamos indignos, pero por su infinito amor, él nos hace dignos de recibirle.

Imaginémonos que un día recibimos una carta del presidente, en ella nos dice que dentro de dos días vendrá él a visitar nuestro hogar. Sabiendo que una persona importante viene a visitarnos, limpiamos lo mejor posible nuestra casa y más, compramos nuevas cortinas y le ponemos desodorante ambiental al baño, además, reparamos lo que está quebrado, pues sabemos que al presidente lo tenemos que atender de la mejor manera posible.

De la misma forma debemos de reaccionar cuando Jesús nos habla a nuestros corazones para que le dejemos entrar. Jesús es ese Señor importante que quiere venir a visitarnos. No sólo para estar con nosotros uno o dos días, sino para quedarse hasta la eternidad. Es por eso por lo que debemos transformar nuestra manera de ser, cambiar nuestra manera de vivir, en otras palabras, limpiar nuestro corazón de todas aquellas cosas que nos tienen cerrados a atender su invitación. “Felices los de corazón limpio, porque verán a Dios” (Mt 5:8).

El Señor siempre nos ha dado libertad para que nosotros decidamos voluntariamente conocerlo. Él es de un corazón inmenso, tan tierno y tan especial que siempre ha respetado nuestros sentimientos y nuestras decisiones. Jesús nos quiere siempre a su lado, pero si nosotros tomamos la determinación de vivir alejados de él, él siempre respetará nuestra decisión, esperando el día en el que nosotros le abramos las puertas y le dejemos morar en lo más íntimo de nuestro ser.

¿Es difícil abrir las puertas de nuestro corazón al Señor? Es cierto; pero si vemos a nuestro alrededor, nos daremos cuenta de que, sin Jesús en nuestras vidas, vamos a la

deriva, pues, aunque poseamos riquezas materiales, nunca podremos ser felices sino conocemos la riqueza espiritual que se descubre en Jesús el Señor.

Puede ser también que nuestras vidas estén llenas de malos recuerdos, del daño que nos hicieron de niños. Es posible que sea por eso por lo que las cadenas que nuestros padres nos dejaron sean las mismas que nosotros les dejaremos por herencia a nuestros hijos y estos a su vez a sus hijos. Esta cadena seguirá así, solamente hasta el momento en el que dejemos a nuestro corazón conocer a Jesús y, armándonos de valor, dejar que su presencia nos guíe hasta la eternidad.

De esa manera vivía yo, siempre cargando con la cadena que mi padre me dejó. Pero llegó un día en que decidí atender a su llamado y al conocerle en lo más íntimo de mí ser, pude romper con ella. Vino el momento en el que comprendí, que sí hay alguien que se preocupa por nosotros y, especialmente por mí.

Como podemos ver, Dios tiene poder y, ese mismo poder se realizará en nuestras vidas cuando le dejemos a Jesús venir a nuestros corazones y de esta manera, conocerlo en medio de nuestros problemas y dificultades.

Posiblemente el alcohol o las drogas no nos permitan conocerlo, pues pensamos que nuestros vicios son más poderosos que permitir la presencia de Jesús en nuestras vidas. O posiblemente la pareja con la que compartimos nuestro adulterio, es mucho más grande que compartir la presencia del Padre en Jesús.

Pensemos por un momento en el daño que le hacemos a nuestras familias y más allá de ello, cuanto daño nos estamos haciendo nosotros mismos. Ni el alcohol, ni las drogas, ni las pandillas (por mucho amor y atención que encontremos en ellas), ni esa persona con la que le somos infieles a nuestro cónyuge y ni siquiera nuestra propia fuerza de voluntad, podrán darnos lo que Dios en su Hijo Jesús nos dará, si atendemos su invitación a conocerle. Porque Dios es un Dios de poder y no con el poder de las cartas del tarot o de la lectura del café o de la mano, su poder es un poder sin igual que puede transformar corazones, que arrepentidos aclaman a él, pidiendo por la sanidad de sus vidas y las de sus queridos. Por ello hay un canto bien hermoso que dice: "Por eso el cielo no puede sostenerte, ni el espacio contenerte, Señor eres Grande, Señor eres Santo y por siempre lo serás".

Puede ser que hoy hermano de mi corazón Dios esté llamándote a transformar tu vida. Ya acepta hoy su presencia. No dejes que la droga o el alcohol te arruinen. No dejes que el pecado en el que vives, te alejen de Dios. Yo conozco mucha gente que me ha dicho que ellas son tan pecadoras que ya no tienen remedio. Hermano todo en la vida tiene remedio, solamente la muerte física es la única que no lo tiene. Pídele a Dios y él te responderá con un corazón lleno de amor. Recuerda que él no puede venir y meterse en tu corazón. Tienes que ser tú el que le abra, pues solamente tú tienes las llaves para abrir por dentro.

No seas como aquellos ateos que vivían una vida desordenada, tan desordenada que cayeron enfermos. Un día vino a ellos un hermano de la comunidad y les presentó la Buena Nueva y les hizo la pregunta de que si ellos estaban dispuestos a entregar sus vidas a Jesús. La respuesta de uno de ellos fue: “¡Ni lo mande Dios!” A unas semanas después de la visita, este ateo murió sin haber recibido a Jesús en su corazón.

Cuantas veces no hemos lanzado un rezo al cielo, pidiendo por un hijo en las drogas o por un esposo alcohólico. Y ¿qué?, del momento en el que miramos al cielo y con sólo decir: “¡Dios mío!”. Hemos dicho: “¡Padre ayúdame!” Y es que, por naturaleza, buscamos siempre la ayuda de Dios en nuestras vidas; pero cuando Dios responde a nuestra petición, nos olvidamos de que él existe y lo llamamos otra vez hasta que necesitamos de él nuevamente. Es lo que me sucedió a mí, la noche en la que estaba atravesando la frontera para el norte, venía pidiendo al Padre que me ayudará a pasar y le prometí que cuando me pasará iría yo a misa todos los domingos. Y claro como Dios es bello y grande en misericordia y sobre todo porque él tiene un plan perfecto para cada uno de nosotros, me ayudó a pasar. Pero cuando me tocó responder a mi promesa, me olvide de él, hasta que nuevamente él hizo el llamado a mi corazón. Por otro lado, cuando Dios no responde nuestra petición lo detestamos y le echamos la culpa de todos nuestros errores, enfermedades y debilidades.

Recuerdo que antes de conocer al Señor en mi vida, vivía lleno de confusión, no sabía cómo reaccionar de una manera positiva en medio de mis problemas y dificultades. Estaba cegado por las cosas materiales y me importaba más satisfacer mi carne, dándome gustos como el de asistir a ver películas pornográficas. Tanto me envolví en ello que pensaba que cada vez que tenía problemas económicos, al ir a uno de esos cines, me vendría dinero de alguna forma. Y entraba en esos lugares con una seguridad absoluta en que recibiría lo que necesitaba, aun sabiendo que lo que hacía era erróneo. Y es que el Diablo está siempre listo para complacer nuestros deseos materiales, y mientras sigamos sin conocer a Jesús, el Cochino seguirá tomando el control de nuestras vidas.

Hoy reconozco que desde el día en que decidí abrirle la puerta de mi corazón al Señor, he obtenido la riqueza más grande que ni el Diablo, ni el mundo y ni siquiera las cosas que me rodean, podrán jamás darme, y que, conociendo a Jesús íntimamente, podré alcanzar lo más valioso que hombre alguno pueda alcanzar sin Jesús y eso es la vida eterna. Eso es lo que quiere el Señor darte hoy hermano. Él quiere darte vida eterna, pues de la muerte al pecado, pasamos a la vida abundante en la presencia del Creador.

Por muy difícil que se nos presente tomar la decisión de conocer a Jesús, debemos de acercarnos a él con un corazón abierto y arrepentido, confiando plenamente que será él quien tomará el control de nuestras vidas.

Esté es el momento para romper esas ataduras y para que esos corazones de piedra se conviertan en corazones de seda, para que el Señor manifieste su poder y su amor eterno en cada una de nuestras vidas.

No lo hagamos pensando que somos buenos, sino que lo hacemos porque reconocemos que Dios nos ama con amor eterno y en medio de ese amor, tenemos que aceptar que nos amamos nosotros mismos, y al saber que nos amamos, entonces le brindaremos lo mejor de nosotros a nuestras familias; sí, a esa familia a la que tanto le hemos hecho sufrir y porque no decirlo, quizá lo haremos también por todos aquellos, que, de la misma forma, nos han hecho sufrir.

Todo dependerá de cada uno de nosotros, pues debemos de recordar que Dios nos ha llamado desde antes que nacióramos y por lo mismo, ha llegado el momento en el que debemos de atender a su Palabra en lo más profundo de nuestro ser.

¿Cuánto más esperamos que suceda en nuestras vidas, para responderle al Señor?

No esperemos más, Jesús está presente, tocando las puertas de nuestro existir. Él nunca podrá forzar la entrada, lo vuelvo a repetir, sólo nosotros poseemos las llaves y por más que Jesús toque, nunca podrá entrar si nosotros no le abrimos por dentro (Ap 3:20).

Hoy comencemos a buscar su presencia, para que de esa manera podamos responder a esa pregunta del Señor “Y quién dices tú que soy Yo”

Oración

Señor Jesús, quiero conocerte. Enséñame el camino que me lleva a ti. Muéstrame tu presencia en lo más íntimo de mi corazón, pues quiero saber más de ti. Sólo tú sabes mis problemas, mis angustias y mis necesidades, quiero a través de ellas, poder conocer tu poder en mi vida. Te necesito Jesús. ¡Ayúdame!

Acepta a Jesús como Señor

Cuando hablamos de la presencia de Jesús, siempre pensamos que él es el que lo puede todo, y es la verdad. Algunos dirán también que Jesús es el personaje que la Biblia nos habla cuando leemos sobre sus milagros y sus bonitos discursos.

La realidad es que Jesús es más que un personaje de milagros, él es mucho más que alguien con bonitas palabras, Jesús es el Salvador y, si le dejamos actuar, él pasará a ser nuestro Señor, aquel a quien le dejaremos tomar el control de nuestras vidas, de nuestro hogar y de toda nuestra familia.

Pero al hablar de él como Señor, tenemos que comenzar por descifrar esa palabra. Podemos decir que señor es alguien mayor, con madurez, respetable y sobre todo de importancia dentro de nuestra sociedad.

Recuerdo que, en cierta ocasión, a la edad de unos siete u ocho años, vino a mí una niña más pequeña de edad, vendiendo chicles (gomas de mascar), me jaló por la camisa y al voltearme hacia ella, me ofreció chicles diciendo: “¡Señor, señor quiere chicles!” ¡Ah! En ese momento me sentí bien importante y corriendo, fui con mi mamá y le conté lo que me había sucedido.

Jesús quiere ser ese ser importante en nuestra vida, él quiere llegar a nosotros, no sólo para salvarnos del pecado (que esta por demás decir que esto ya lo hizo en la cruz del Calvario), sino que quiere también ser parte integral de nuestras vidas.

Jesús quiere que, así como el Padre lo ha enviado a nosotros, así quiere él permanecer en lo más profundo de nuestros corazones. La Biblia nos habla en el Evangelio de San Juan: “Aquel día pedirán al Padre en mi nombre y no les digo que yo rogaré por ustedes, pues el Padre mismo los quiere, porque me quieren a mí y creen que salí de Dios” (Jn. 16:26-27). Es decir que Jesús quiere permanecer en nosotros, no sólo como alguien que está ahí para usarlo cuando lo necesitemos, pero para que lo amemos y dejemos que él nos ame a nosotros también.

Debemos de reconocer a Jesús como el Señor, como el dueño total de nuestras vidas, dejando que su voluntad se realice por medio de nosotros. Pero aceptarlo como tal significa que ya no seremos nosotros los que viviremos por nosotros mismos, sino que será Jesús el que viva en nosotros y por nosotros para la gloria eterna del Padre.

Debemos de dejar que su presencia nos llene totalmente, como de igual forma le llenó a San Pablo. Porque él se dejó llevar por la presencia de Jesús, y porque se dejó guiar en medio de momentos difíciles en los que vivió. Desde el instante de su conversión, San Pablo pudo expresarse de la siguiente manera: “Ya no soy yo el que vive, sino que es Jesús el que vive en mí” (Gal. 2:20). Y es que nuestras vidas tienen que estar completamente sumisas a la voluntad del Señor.

Cuestionemos nuestros corazones: ¿Quién es el señor de nuestras vidas en este momento? Pensemos por un instante y respondamos en lo más profundo de nuestro ser. Posiblemente sea nuestra esposa, esposo, nuestros hijos, nuestros padres, nuestros vicios (cualquiera que estos sean), adulterios, y alguna otra cosa que no mencioné, pero que, en lo más íntimo de nuestro interior, sabemos exactamente lo que es.

Ya dijimos anteriormente que la familia es parte integral en nuestra relación con Dios, pero cuando la tomamos como el centro de nuestra atención y nos preocupamos más por sacarlos adelante materialmente, y esto nos aleja del Señor verdadero, es entonces cuando nuestra familia se convierte en el señor de nuestras vidas.

Cuando no podemos dejar el alcohol o las drogas y estos han tomado control de nuestra vida, es ahí donde dejamos que estos vicios se conviertan en el señor de nuestras vidas. Lo mismo sucede cuando nos damos cuenta de que la mujer o el hombre con el que compartimos ese adulterio, no nos deja tener una mejor relación con nuestra verdadera familia, entonces esa persona se convierte en el señor de nuestras vidas.

“Por eso Dios lo engrandeció y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que ante el Nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y entre los muertos, y toda lengua proclame que Cristo Jesús es el Señor” (Fil. 2:9-11). Así nos habla San Pablo a través de los Filipenses. Es que no es posible que podamos tener a nadie más que sea mucho más grande y poderoso que las circunstancias que nos rodean en este momento. Pero, si no dejamos a Jesús actuar, si no lo dejamos transformarnos, nunca podremos reconocer su gloriosa presencia.

Hay momentos tan especiales junto a la presencia de Jesús, en los que él demuestra su gran amor, entrega y voluntad sin esperar nada a cambio, más que nuestra confianza y apertura de corazón para recibirle y sobre todo para que nos transforme.

Quizá nuestras vidas estén navegando a la deriva en ese mar inmenso de la desolación, navegando sin compás solamente esperando el momento en el que nuestra embarcación se quebrante y sintiendo que a nuestro alrededor están esos tiburones que no nos dejan que nos tiremos del barco, para poder nadar hacia aguas tranquilas.

Posiblemente ha llegado el momento en el que todo a nuestro alrededor se viene abajo. Puede ser que nuestra familia sea un desastre, a lo mejor tenemos un hijo en las drogas, en las pandillas o en la cárcel; es posible que algún miembro de nuestra familia esté a punto de morir; o quizá tantas y tantas otras cosas más que han contribuido para que nuestras vidas lleguen a este punto de desesperación.

¡Tengo buenas noticias! Aunque nuestra embarcación se quebrante, no hay que desesperar, pensemos que esos mismos pedazos de madera del barco, nos sirven para sostenernos y, más aún, si nos fijamos bien, sabremos reconocer que uno de esos mástiles es el mismo Jesús, que llega a nosotros para que nos sostengamos en él. Aunque no le

podamos ver, él está ahí para ayudarnos y sostenidos en él, podamos salvarnos de hundirnos con el barco.

Si le buscamos (no porque él esté perdido), él estará ahí, en espera de nosotros constantemente y de toda nuestra vida quebrantada, él es el único que permanece fiel, sin pedir nada más que nos apoyemos en él, que confiemos plenamente que será él quien nos sostendrá en los momentos más difíciles.

“Vengan a mí los que se sienten cansados y agobiados, que yo les daré descanso y consuelo” (Mt. 11:28). Eso nos dice el Señor en su Palabra. Pero, él no quiere que solamente vengamos, así como sin consuelo y sin creer que él lo puede hacer, sino que vengamos con un corazón abierto y dispuesto a recibir ese alivio del cual él nos habla.

Jesús no puede actuar por sí solo, aunque nos parezca difícil de comprender, él actuará solamente en el instante en el que le entreguemos nuestras vidas completamente, sin esperar nada más que su amor y su ternura de Padre, dejándonos abrasar por su presencia en lo más profundo de nuestros corazones, confiando plenamente que será él quien actuara en nosotros, guiando nuestros pasos de día y protegiéndonos el sueño de noche.

¿A quién de nosotros no le gustaría vivir en el Paraíso? ¿Quién de nosotros no le gustaría vivir una vida eterna? Y por más pecador que alguien pueda ser, siempre existirá en su pensamiento, el deseo de una vida mejor.

Miremos por ejemplo las cárceles, las cuales están llenas de seres a los que llamamos despojos de la sociedad, por ser asesinos, por que violaron a nuestra hija o hijo, por drogadictos, etc., más sin embargo en lo más profundo de su ser, existe en ellos un cargo de conciencia por el daño cometido, aun cuando no lo quieran admitir. Podemos estar seguros de que por las noches su pensar esta puesto en aquel que todo lo puede, y siendo de hecho que algunos de ellos se convierten a Jesús, aceptándolo como el Señor de sus vidas. Y si ellos a los que llamamos desechos, desean en lo más íntimo de sus corazones, una vida mejor, cuánto más nosotros que decimos que vivimos en libertad.

Tenemos que tener un del porqué en esta vida. No podemos ir por el mundo, nada más por inercia, es decir que debemos de abrir nuestros corazones al Creador, y de esta manera poder compartir nuestras vidas al lado de Jesús el Señor.

Tanto deberá ser la presencia de Dios en nosotros, que un día podremos decir como San Pablo: “Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor” (Rom 14:8). Esta será la verdadera vida de todo el que desee entregarse a Jesús; Vivir en él, morir en él.

Pensemos que, si vivimos al lado del Señor, nuestra será la alegría, en el momento de la muerte, ya que ésta misma vendrá a ser un complemento de nuestro vivir en la presencia

de Jesús, pues de la muerte pasaremos a la vida eterna, cuando seamos levantados en gloria, hacia nuestra morada eterna, la Nueva Jerusalén (Ap. 21).

Es cierto que las penas y dolores son fuertes en este caminar por la vida, y a veces sentimos que de todos lados nos vienen las dificultades, las cuales en cierta manera nos inclinan a tomar decisiones erróneas, que inclusive en algunas ocasiones nos llevan directos a la muerte eterna (muerte en el pecado (Rom 6:23)).

Debemos de recordar que por muy difícil que sean nuestros dolores, tenemos a un Señor de señores, que nos levantará, sanará nuestras heridas y nos cargará en sus hombros hasta llegar a nuestra meta final, la cual, será poder ver al Padre cara a cara (1 Cor 13: 12).

“Porque sabemos que aquel que resucitó a Jesús, nos resucitará también junto con Jesús”; Por eso no nos desanimemos “al contrario, mientras nuestro hombre exterior se va destruyendo, nuestro hombre interior se irá renovando día con día” (2 Cor. 4:14-16).

Esto no quiere decir que nuestros problemas desaparecerán como un acto de magia, al contrario, esto significa que podremos vivir en medio de esos problemas ya no con el mismo dolor, pero con el amor de Jesús amortiguando nuestras enfermedades, angustias, penas y sufrimientos.

Cuando dejemos que Jesús tome control de nuestras vidas, entonces “...ya no seremos como niños a los que mueve cualquier oleaje; más bien con un amor auténtico, creceremos hacia aquel que es la cabeza, Cristo Jesús el Señor” (Efe. 4:14-15).

Oración

Padre nuestro que estas en los cielos...Quiero pedirte que te apiades de mí, y que me ayudes a llevar mi vida de una mejor manera.

Hoy reconozco que verdaderamente tú has muerto en la cruz del Calvario, más aún has resucitado al tercer día para que contigo tuviera yo vida eterna.

Quiero proclamar con mi boca y sobre todo con mi corazón que tú mi Dios, eres mi Señor y Salvador. ¡Amén!

Comentario

Es importante que reconozcamos qué, para que, lo que leímos aquí, se realice en nuestras vidas, debemos estar dispuestos a descubrir la grandeza del amor de Dios y su poder obrando en nosotros individualmente y en nuestras familias, tomando en cuenta que, si nosotros individualmente somos salvos, toda nuestra familia se salvará (Hc. 16:31).

Dios no es un ser mágico, al contrario, él es un ser espiritual. Dice Su Palabra: "...Pero llega la hora, y ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en Espíritu y en verdad" (Jn. 4:23); y va a ser por medio de ese Espíritu como verdaderamente encontraremos la paz deseada.

No vengamos al Padre para que nos brinde la satisfacción de un milagro material, más bien pidamos que nuestras vidas sean fortalecidas en medio de todo lo que nos sucede, así como Santa Rosa de Lima oraba: "¡Aumenta mis dolores, pero con la misma medida auméntame tu amor!"

Nunca olvidemos que es en medio del dolor o la enfermedad, como su amor se manifestará, cuando le aceptemos verdaderamente en nuestros corazones, sin pedir nada más que su presencia nos transforme interiormente y cuando logremos esto, él nos levantará y nos llevará hacia nuestra nueva casa, en la que nunca más se llorará, ni se sufrirá, porque él nos dará la gloria (Ap 21:4).

Además, debemos de aprender a darle la gloria a Dios, no por los problemas o enfermedades; más bien démosle gloria a Dios en medio de nuestros sufrimientos y enfermedades.

Recomendamos también que se lea "[El amor de Dios e nuestras vidas](#)", que nos introducirá al diálogo directo con el Señor dando pasos pequeños pero seguros, para mejor profundizar en su presencia.

También recomendamos que asistamos a algún retiro de evangelización, ya sea de encierro, como de entrada y salida o a algún seminario en el Espíritu Santo y sobre todo que nos integremos a un grupo parroquial, pues el reconocer a Jesús como Señor de nuestras vidas, significa que tenemos que ponernos a su servicio.

Sobre todo, los animamos a que siempre tengamos a la mano una Biblia, no para adornar nuestra sala o nuestra habitación, más bien que se haga parte integral de nuestras vidas leyéndola por lo menos 10 minutos todos los días y en un año y medio la habremos leído totalmente.

Otra cosa de suma importancia es que asistamos asiduamente a la Santa Eucaristía, pues es ahí en dónde Jesús se presenta de una forma especial en nuestras vidas, dándonos las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Hoy, Dios habla a tu corazón. Atiende su llamado, pues él a tu lado siempre ha estado, está y estará para la eternidad.

Dale hoy una oportunidad y verás que grande es su poder, dejando que él tome control de todo lo que eres y de todo lo que posees. Es decir que, le entregarás tu vida y la vida de tu familia y con ello juntos gozarán del poder sanador de Dios obrando en sus vidas.

Yo lo hice y él transformo mi ser completamente y hoy puedo decir como Josué: “Por mi parte, yo y los míos serviremos a Yahvé” (Josué 24:14).

Si lo hizo conmigo, como no lo podrá hacer contigo.

Recuerda que ***Dios tiene poder*** para hacerlo.

Si la lectura de este pequeño libro te ha ayudado, por favor escríbenos y háznoslo saber <mailto:renealvarado@elpoderdedios.org>. Si tienes acceso a Internet: elpoderdedios.org

A Dios todo el poder y la gloria por siempre. ¡Amén!